

PRÓLOGO

Darío Villanueva

Director de la Real Academia Española

La Real Academia Española es vecina de la villa de Madrid desde hace trescientos tres años. Comenzó residiendo en el palacio de su fundador, el marqués de Villena, en la plaza de las Descalzas Reales, frente al Monasterio de San Martín, y luego brevemente recaló en la casa del decano, don Juan Curiel, en la calle de la Sartén, hoy Las Navas de Tolosa, no muy lejos de su primer enclave. Más adelante, el rey Fernando VI se la lleva a la Casa del Tesoro, aneja al Palacio Real, y en 1774 la Academia se muda al antiguo Estanco del Aguardiente, en la calle de Valverde, frente a las Madres Mercedarias de D. Juan de Alarcón. Justo cien años después de esta fecha estrenará su sede actual, en la finca situada entre Felipe IV y la que se denomina, precisamente, calle Academia.

Un Real Decreto de tres de enero de 1891 firmado por la Reina Regente ordenaba la construcción de este edificio para la Real Academia Española en un solar destinado a tal fin por el Ministerio de Fomento y procedente del predio que en su día había pertenecido al desaparecido gran Palacio del Buen Retiro. El proyecto, que habría de ser aprobado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, se encargaba al arquitecto don Miguel Aguado de la Sierra, a la sazón director de la correspondiente Escuela Superior de Arquitectura. No se cumplirá, sin embargo, lo decretado a propósito de la fecha de remate de las obras, 30 de septiembre de 1892, sino que, habiéndose puesto solemnemente la primera piedra el 7 de mayo de 1891, la no menos solemne inauguración oficial se demorará hasta el día primero de abril de 1894.

Lo que sí se atendió a rajatabla fue el pago de la construcción en tres anualidades, mitad por el Ministerio de Fomento con cargo al capítulo de Construcciones civiles, y mitad por la Real Academia Española, responsable de satisfacer la primera anualidad íntegra.

Desde entonces, hace ya ciento dieciocho años, nuestra Corporación y sus colaboradores han tenido su hogar en esta casa que el Marqués de Lozoya, en su *Historia del arte hispánico* de 1949, no duda en calificar como «uno de los más bellos

edificios de Madrid», ubicado, por lo demás, en el entorno más emblemático de la Corte de Carlos III.

Pero a la vez, en cuanto que en Felipe IV número cuatro reside asimismo la sede de la Asociación de Academias de la Lengua Española, ASALE, esta misma casa viene a ser enseñada o fondeadero para nuestros hermanos de lengua de tres continentes cuando cruzan los océanos. Efectivamente, son veinte academias hispanoamericanas las que tienen aquí su sede, junto a la de Filipinas, y desde este mismo año 2016 lo mismo cabrá decir de la nueva Academia Ecuatoguineana de la Lengua Española. Si los comienzos madrileños de la RAE fueron modestos, con la fecunda humildad de una semilla que da de sí un árbol centenario bajo cuya sombra se cobija toda una vasta comunidad lingüística, hoy podemos decir con justeza que desde el edificio al que se dedica el presente libro se atiende a la unidad y la autoestima del español de todo el mundo en un esfuerzo nunca acabado, y mantenido, codo con codo, con las otras Academias hermanas.

Nadie mejor que don Antonio Fernández de Alba, arquitecto y escritor, académico de Bellas Artes y titular de la silla *o minúscula* en la RAE para elaborar este noticioso libro sobre nuestra sede como broche de oro a las publicaciones de nuestro tricentenario, que hemos celebrado entre 2013, fecha de las primeras reuniones de la Academia, y 2015, cuando se publicaron sus primeros Estatutos. Don Antonio es catedrático de Elementos de Composición de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de la Universidad Politécnica de Madrid. Ha dirigido (1984-1987) el Instituto de Restauraciones del Patrimonio Histórico Español, y en el conjunto de su obra arquitectónica destacan restauraciones como la del Convento del Rollo (1958-1962) de Salamanca, por la que recibió el Premio Nacional de Arquitectura en 1963; la del Observatorio Astronómico Nacional (1976-1978), trabajo que le hizo merecedor del Premio Nacional de Restauración; la recuperación del antiguo Hospital San Carlos para su transformación en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía (1980-1986); y la restauración

de la plaza Mayor de Salamanca (1983). Es precisamente autor del libro *De varia restauratione: intervenciones en el patrimonio arquitectónico* (1999).

Fernández de Alba ha cuidado con esmero, sabiduría y amor la fábrica de la Academia, que se mantiene lozana y plenamente operativa gracias a las constantes atenciones que recibe, y que en los últimos diez años, bajo su dirección, ha sido objeto de acciones importantes desde su planta semisótano hasta la bajo cubierta, así como de consolidación estructural, por ejemplo en las tribunas laterales del salón de actos, donde se realizan, por caso, las solemnes sesiones de toma de posesión de su silla por parte de los nuevos académicos.

Se aborda aquí, en sendos capítulos, el entorno urbano del edificio; su imagen, proyecto y destino; y se traza, magistralmente, su relato arquitectónico, referente a cada uno de sus espacios, lugares y moradas. Todo va acompañado, como sabrá apreciar el discreto lector, de cumplidísima documentación gráfica, como no podría ser de otro modo en una obra de estas características. El autor ha contado para ello con el concurso de quien fue encargado de la Oficina del Tercer Centenario de la RAE y se desempeña ahora como coordinador de sus publicaciones, don Carlos Domínguez Cintas.

De arquitecto a arquitecto, Fernández de Alba desgrana los méritos artísticos y profesionales de don Miguel Aguado de la Sierra (1842-1996), que atinó desde el eclecticismo en el diseño de esta casa de las palabras que no deja indiferente a ninguno de sus visitantes, ni mucho menos a los que día a día trabajamos entre sus paredes. La luz natural que ilumina desde sus tres lucernarios los espacios principales contribuye metafóricamente a hacer cierto el esplendor de la lengua que el lema académico invoca, así como también la limpieza de sus trazas y la fijeza de sus muros. Algo hay de mágico en la identificación entre palabra y arquitectura que Aguado de la Sierra supo plasmar en un edificio en el que percibo invariablemente la emoción con la que los hispanohablantes, de acá y de allá, deambulan, como si estuviesen pisando el suelo más firme y el techo más seguro para preservar el tesoro de su lengua.